

**WARHAMMER**  
40,000



**DAN ABNETT**  
**LA VICTORIA**

— PRIMERA PARTE —

UN ÓMNIBUS DE LOS FANTASMAS DE GAUNT

minotauro



# DAN ABNETT LA VICTORIA

— PRIMERA PARTE —

UN ÓMNIBUS DE LOS FANTASMAS DE GAUNT

minotauro

Título: *La Victoria: Primera parte*  
Versión original inglesa publicada por Black Library, 2018

The Victory: Part One, La Victoria: Primera parte, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *The Victory: Part One*

*Blood Pact* primera publicación en 2009.  
*Salvation's Reach* primera publicación en 2011.  
*Family* primera publicación en 2014.  
*You Never Know* primera publicación en 2014.  
*Ghosts and Bad Shadows* primera publicación en 2014.  
*Killbox* primera publicación en 2017.

Ilustración de la cubierta: Anna Lakisova

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción:

Patricia Nunes (*Familia, Nunca se sabe, Fantasmas y sombras malas, Caja de matar*)

Juan Pascual Martínez (*Pacto Sangriento*)

Vicky Charques Cánoves (*Salvation's Reach*)

ISBN: 978-84-450-0818-8

Depósito legal: B. 17.398-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conflicencia.com](http://www.conflicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

# ÍNDICE

Pacto sangriento	9
Salvation's Reach	339
Familia	677
Nunca se sabe	691
Fantasmas y sombras malas	699
Caja de matar	725



**Uno**

## **El Consuelo**

Los muertos siempre parecían encontrar la manera de regresar a Balhaut.

Ésa era la opinión del tío de E.F. Montvelt poco después de la Famosa Victoria, y ésa era la opinión del propio E.F. Montvelt unos quince años después. E.F. Montvelt había heredado esa opinión de su fallecido tío del mismo modo que había heredado el puesto de encargado del Muelle 31, una nariz grande y roja y una caja de efectos personales entre los que se incluía una medalla acuñada en las guerras Khulan, un bote de tinte para el cabello y un libro barato de imágenes pornográficas en el que aparecía Adele Coro, la famosa actriz de musicales.

Los muertos encontraban la manera de regresar, y en un número casi inimaginable. Daba la impresión de que la sangre que había empapado el suelo de Balhaut durante la consecución de la Famosa Victoria se hubiese convertido, mediante alguna clase de reacción alquímica, en un reclamo para los muertos, una tentación, un canto de sirena que los llamaba para que volvieran a través del espacio desde los lejanos lugares donde habían perdido la vida. E.F. Montvelt leyó una vez, en una de las enciclopedias que encontró en el fondo de la caja de objetos de su tío, acerca de la existencia de unos peces depredadores con un olfato tan agudo que eran capaces de captar una gota de sangre en un océano de agua y de lanzarse en su búsqueda. Eso era Balhaut para los muertos. Era la gota de sangre, y el espacio, el océano. Los muertos eran capaces de oler el lugar, y el olor los atraía. Después de todo, habían hecho un pacto de sangre.

Balhaut, tan cargado de sangre, se había convertido en un lugar de peregrinaje para los muertos, y para muchos, muchos vivos. Eran las al-

mas de los que tenían vínculos con los muertos. Balhaut era el lugar donde acudía la gente para ser enterrada, si estaban muertos, o a guardar luto, si no lo estaban. Todo ello se debía a la Famosa Victoria.

Después de quince años, uno se veía obligado a pronunciar esas palabras con mayúsculas. También se la llamaba la Gloria de Slaydo o la Acción Intrépida o el Punto de Inflexión, o alguna otra frase igualmente altisonante. Balhaut seguía siendo considerada una de las mayores victorias de la cruzada y, por tanto, un modelo para medir cualquier éxito, una muestra emblemática de todas las aspiraciones imperiales y, por tanto, un lugar donde se podía enterrar a los muertos y guardarles luto bajo el inspirador brillo del triunfo. Los ataúdes de los oficiales llegaban a Balhaut con destino a las criptas y los mausoleos de las nuevas capillas regimentales. Los huesos con chapas de identificación de los soldados comunes eran enviados para llenar los campos cada vez más extensos de los cementerios que crecían sin parar. Las cenizas de los muertos anónimos, sin rostro y sin identificar, eran metidas en barriles, como si fueran pólvora, y luego eran esparcidas al viento en los oficios públicos al que asistía el público en masa y que se celebraban cinco veces al día todos y cada uno de los días.

También acudían los desconsolados. Algunos llevaban a los muertos consigo, con actitud digna o agónica, para ver cómo los enterraban en el suelo gemebundo de Balhaut. Otros acudían para presentar sus respetos a las tumbas y las lápidas de mármol de los seres amados que ya se encontraban en Balhaut desde hacía tiempo.

Otros, la gran mayoría, acudían a Balhaut porque desconocían el destino final o el lugar de descanso de los hijos y padres, de los hermanos y esposos, que habían perdido, y por ello elegían Balhaut, con su valor simbólico, como lugar para recordarlos. En el transcurso de una década y media, los cadáveres y sus parientes desconsolados se habían convertido en las principales importaciones de Balhaut, y la industria local se había centrado en la sericultura y en la albañilería monumental.

El negocio de E.F. Montvelt consistía en importaciones y exportaciones y la supervisión de esas operaciones. Se encargaba de controlar el Muelle 31, que era uno de los ramales radiales de la gigantesca plataforma orbital llamada Estación Alta, y lo hacía con una rapidez y precisión que esperaba hubiera hecho sentirse orgulloso a su tío.

Desde su despacho de suelo de cristal se veían las naves atracadas a las diferentes gradas del muelle. Mantenía un seguimiento de las entradas y salidas de las naves en una gran pantalla hololítica, que estaba proyecta-

da por encima de él como si fuera una cubierta de luz. Sus rubricadores, cada uno en su cogitador propio desplegados por el borde del despacho, se ocupaban de los inventarios y de las tasas, mientras que los administrativos de avituallamiento se encargaban de negociar los contratos de suministros y calculaban las cargas de combustible y los periodos de ataque.

Todos los datos le llegaban mediante los implantes neurales, pero a él, igual que a su tío, le gustaba utilizar sus propios ojos. Le gustaba contemplar las naves en los embarcaderos, y preocuparse del motivo por el que algunas tardaban tanto en descargar y en partir de nuevo para que ese puesto quedara libre de nuevo y la siguiente pudiera atracar y pagar las tarifas correspondientes. Del mismo modo, le gustaba quejarse cuando uno de los embarcaderos permanecía vacío más de un día o dos. Reconocía todos los remolcadores y los transportes personales a simple vista, y a los servidores de carga por los códigos y los dibujos que los personalizaban. Era capaz de identificar al piloto de una lanzadera por el estilo y la capacidad de sus maniobras.

Sobre todo, disfrutaba de la vista. Desde el despacho, a través del suelo de cristal, a través de la espesura de vigas y tubos de repostaje, a través de los puntos en movimiento que eran los remolcadores y las gabarras, a través de las estructuras abiertas y de las sombras densas de los enormes atracaderos y los cascos abrasados por la radiación de las naves enganchadas a ellos, a través del brillo del sol en la capa de nubes altas, a través de la fría claridad del aire y de los ciento cuarenta kilómetros de caída que había hasta el azul, el gris y el marrón de Balhaut, que giraba lentamente bajo él.

Ese día en concreto, el *Gemminger Beroff Wakeshift* ocupaba el amarradero número cuatro, el *Superluminal Grandee Ulysses* el cinco y el *Orgullo de Tarnagua* estaba en la fase de pilotaje final para atracar en el ocho. El *Viajes Relativistas de Hans Feingolt*, atracado en el número siete, había sufrido un fallo en el sistema de ignición y le habían comunicado que retrasaría su partida por lo menos una semana. Ya había calculado la tarifa de penalización. El *Eleksander Gran Soljor* debía atracar en menos de una hora, siempre que los agentes de flete llegaran a un acuerdo sobre las tarifas de amarre. En el atracadero número dos estaba el *Consuelo*, que ya había comenzado a descargar el contenido de su bodega.

Hacía dos años que E.F. Montvelt no veía al *Consuelo*. Era la nave de Plackett, y este capitán solía realizar largos trayectos en dirección exterior respecto al núcleo de la galaxia que atravesaban Khulan y el Halo

Bethan. Sin embargo, el informe que le había pasado el rubricador auxiliar le indicó a E.F. Montvelt que el *Consuelo* había partido ocho meses atrás de San Velabo, y que había llegado a Balhaut procedente del interior de la galaxia. Plackett había cambiado de costumbres. E.F. Montvelt decidió que le preguntaría el motivo cuando el capitán bajara a tierra. Le gustaba recibir en persona a todos los capitanes. Era una cortesía anticuada que su tío le había enseñado.

Ya sospechaba la respuesta que Plackett le daría. La guerra siempre cambiaba el destino y las rutas del comercio. La cruzada había reabierto buena parte de Grupo Khan y otros territorios interiores. Plackett se había dirigido hacia donde estaban los negocios.

Sólo que no era Plackett. E.F. Montvelt leyó en el informe que el *Consuelo* había cambiado de manos. El nombre del nuevo propietario era Jonas.

—Jonas —dijo en voz alta.

Varios de los oficinistas levantaron la cabeza.

—¿Ha dicho algo, señor? —preguntó uno de ellos.

E.F. Montvelt miró al joven.

—Jonas —repitió—. El informe dice que el capitán del *Consuelo* se llama Jonas.

—¿Qué importancia tiene?

—¡Jonas! —le espetó E.F. Montvelt—. ¿No lo sabes? ¡Jonas!

—Señor, no capto la importancia que pueda llegar a tener —admitió el oficinista.

E.F. Montvelt tuvo que recordarse que todos eran unos jovencitos incultos. Eran demasiado jóvenes. Ninguno conocía las tradiciones. En los tiempos de su tío, todo el mundo reconocía el nombre de Jonas. Era un nombre comodín, un seudónimo. Se escribía en el informe cuando no se sabía el nombre del capitán. A veces, los comerciantes libres llegaban a utilizar ese nombre para ocultar su verdadera identidad o para desviar la atención de una estafa en la carga.

—¡Jonas! —insistió E.F. Montvelt—. ¡Lo del Diablo Jonas!

—Ah, esos cuentos para niños —dijo el joven asintiendo con la cabeza—. ¿Qué era lo que tenía? ¿Una caja?

—Un arcón —lo corrigió E.F. Montvelt con un suspiro.

—Eso es, un arcón. —El joven se echó a reír—. En lo más profundo del espacio, donde tenía metidas las almas de los pobres navegantes muertos en accidente en mitad del vacío.

El joven volvió a reírse ante la idea y negó con la cabeza.



E.F. Montvelt bajó al atracadero número dos.

Se abrió paso a través del gentío que abarrotaba el muelle. La tripulación y los pasajeros salían a raudales de la nave, y para recibirlos había llegado toda clase de gente. Los operarios del atraque, los funcionarios de impuestos con sus sombreros bicornios, los inspectores de la Guardia Interior, los avitualladores, los vendedores ambulantes, los porteadores, los buhoneros. Había charlatanes que ofrecían rutas guiadas por los campos de batalla, o alojamientos lujosos, o papeles de transferencia para bajar a la superficie. Había revendedores que ofrecían permisos y papeles obligatorios para que nadie te hiciera preguntas. Había hombres de negocios y ciudadanos particulares, que habían llegado a Estación Alta para darle la bienvenida a la nave. E.F. Montvelt tuvo que abrirse pasos a empujones entre la multitud. Le llegó el olor a axilas sudorosas y a halitosis, al ajo de los pasteles de carne de un puesto de comida ambulante, a azúcar quemado de un vendedor de dulces, al ozono de los campos de presión atmosférica del muelle y, por encima de todos los demás olores, el del aire viciado y rancio, con un aroma un poco jabonoso, que flotaba en un atracadero cuando la nave expulsaba la atmósfera reciclada que había pasado por los filtros de oxígeno a lo largo de ocho meses.

Varios servidores pasaron con andares pesados mientras arrastraban trenes de vagonetas llenas de cajas. Un remolcador aulló por encima de ellos con todas las luces de navegación encendidas. El *Consuelo*, un transporte gigantesco cubierto de manchas de óxido y con los costados quemados por el vacío, se alzaba orgulloso sobre el atracadero. Las dotaciones de tierra ya se habían puesto a trabajar y escalaban los costados carbonizados como montañeros en una ladera rocosa. E.F. Montvelt oyó el repiqueteo sordo y profundo de las botas magnéticas mientras los servidores cruzaban el casco en perpendicular a él. Se asomó por encima del pasamanos y miró hacia abajo, a la sombra alargada del atracadero. Observó que las pasarelas de las compuertas estaban extendidas y conectadas, y vio el centelleo de los equipos de soldadura. Más allá de la sombra del atracadero se veían las nubes blancas y cegadoras de Balhaut, que se deslizaban lentamente de un lado a otro.

E.F. Montvelt abrió la placa de datos y le echó otro vistazo a los documentos de la nave. El *Consuelo*, como era de esperar, llevaba muertos. Entre las mercancías que aparecían en la declaración de carga se incluían «Cincuenta contenedores mortuorios, certificados, transportados para ser enterrados en Balhaut». Los detalles adicionales explicaban que cada contenedor incluía veinte cadáveres, completos o parciales, y que todos

viajaban de forma individual en el interior de ataúdes sellados. Eran soldados del 250.º de Fusileros de Boruna, un regimiento nativo de Balhaut, y parte de las bajas sufridas en el trágico fracaso de Aldo en Helice. Eran chicos de Balhaut que volvían a casa.

En el manifiesto de pasajeros aparecían grupos de dolientes procedentes de San Velabo. Algunos de ellos eran de alta cuna, por el aspecto de sus títulos y cargos honoríficos, y realizaban el viaje a Balhaut como una muestra formal de respeto y deber. E.F. Montvelt se arregló el cuello del traje y se cepilló con la mano las mangas del abrigo. La cortesía, siempre la cortesía.

Las compuertas de descarga del *Consuelo* comenzaron a abrirse como enormes fauces. Distintas lenguas metálicas, rampas de descarga y pasarelas articuladas surgieron del interior para conectar los compartimentos de transporte con el muelle del atracadero. Unos cuantos servidores de carga estaban bajando el primero de los contenedores. E.F. Montvelt vio a varios pasajeros y miembros de la tripulación que desembarcaban por la pasarela más cercana.

Se trataba de dos viudas que iban cogidas del brazo y que llevaban el rostro cubierto con un velo. Ambas avanzaban bajo un único parasol de varilla doble. Detrás de ellas iban tres sirvientes vestidos de librea que cargaban con un arcón de madera de palisandro y un tripulante con un mono de faena manchado de grasa que llevaba al hombro un rollo de cable grueso. Tras este primer grupo bajaron un coronel de aspecto cansado con una manga vacía, que caminaba cojeando, y al que acompañaba un ayudante solícito seguido de un individuo de estatura elevada y complexión atlética que llevaba puesto un abrigo largo de cuero de color beige. La cabeza rapada del individuo tenía un aspecto imponente y su cara mostraba unos rasgos acentuados, como si la hubieran diseñado con un propósito ergonómico. El equilibrio en sí del cráneo mostraba una desierta desigualdad: el rostro era hermoso, de facciones inteligentes, pero estaba en una cabeza que parecía quizás demasiado pequeña para pertenecer a una cara como aquélla. El individuo caminaba con el porte erguido y la barbilla elevada; lo que indicaban una formalidad militar.

Fue entonces cuando E.F. Montvelt vio a la otra viuda. Llevaba un vestido de luto de seda negra con una estola de piel de marta, también de color negro intenso, y un pañuelo púrpura. Los faldones del vestido, tejidos con capas de seda y crepé, crujían con cada paso que daba. Llevaba el cabello, de un color dorado casi blanco, recogido en un moño alto,

y de ese moño colgaba un velo de gasa negra tan fina que parecía humo. No se le distinguía la cara, pero el velo no ocultaba en absoluto la curva elegante de su cuello. La nuca estaba completamente a la vista, en lo que a él le pareció una desnudez indecente, casi premeditada.

E.F. Montvelt se acercó a las personas que desembarcaban.

—¿Capitán Jonas? ¿Capitán Jonas?

Nadie pareció hacerle caso.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó al tripulante que llevaba el cable.

El hombre se encogió de hombros en un gesto de indiferencia. Ofendido por sus modales, E.F. Montvelt se dio unos cuantos golpecitos en las insignias y en los símbolos de su gremio, y del rango y el servicio que tenía en el Munitorum, que se veían en la pechera izquierda de su chaqueta de color enebro.

—¿Ahora estás en mi terreno! —dijo a aquel individuo apático.

—Me alegro —respondió éste antes de pasarse el rollo de cable al otro hombro.

—¿Dónde está el capitán de la nave?

—Esa señora de allí le pidió que comprobara personalmente su equipaje —le contestó el individuo señalando con un gesto del mentón a la viuda de la nuca escandalosa.

—¿Señora? —la saludó E.F. Montvelt mientras se le acercaba—. Le ruego me perdone, pero ¿sabría dónde se encuentra ahora mismo el capitán?

—Oh, señor, está muerto —le contestó la señora.

Su voz era débil, pero muy clara, y tenía un acento lejano. Habló con un leve temblor, como si estuviera luchando por contener la emoción.

—¿Está muerto?

—Así es. Algo terrible —le confirmó ella con otro leve temblor en la voz.

—Pero ¿cómo sucedió?

—Bueno, pues nos vimos obligados a asesinarlo cuando no se mostró dispuesto a cooperar con nosotros.

E.F. Montvelt no era capaz de distinguir su rostro bajo el fino entramado del velo, pero sí que sintió que lo miraba fijamente y captaba la expresión de inquietud que mostró su cara ante aquella respuesta.

—¿Qué es lo que ha dicho, señora?

—No puedo mentir. Lo lamento mucho —contestó ella a través del velo.

—Señora, ¿se encuentra usted bien? —inquirió E.F. Montvelt al notar que el temblor en su voz aumentaba a cada momento.

—No, no. Es que no puedo mentir, y por mi alma que es una carga terrible. Estoy obligada a decir todas y cada una de las verdades, hasta las más horribles.

—Quizá deberíais sentaros —sugirió E.F. Montvelt.

—Mi querida hermana, ¿otra vez te has excedido con tus esfuerzos?

El hombre alto con el abrigo de color beige apareció al lado de la viuda y le puso una mano en la manga en un gesto solícito. Llevaba las manos cubiertas con guantes.

—Este caballero ha preguntado por el capitán —contestó la dama.

El individuo miró a E.F. Montvelt. Al igual que la viuda, su voz mostraba un acento extranjero.

—Le pido disculpas. Mi hermana está bastante afectada y debe perdonarla. La pena la ha afectado terriblemente.

—Cuanto lamento oírlo —respondió E.F. Montvelt con sinceridad—. No fue mi intención molestarla.

—No lo he pensado ni por un momento —lo tranquilizó el hombre, que mantenía aferrado el brazo de su hermana con bastante fuerza, como si temiera que se soltara y se escapara.

—Sin embargo, es la verdad —insistió ella—. No puedo mentir. Ni una sola vez más, nunca jamás. Me es imposible hacerlo. Es el precio que debo pagar. Si deseo conocer la verdad, debo decir la verdad, por lo que de mi boca sólo debe salir la verdad y...

—Tranquila, hermana, o caerás enferma. Déjame llevarte a un lugar recogido donde puedas recuperarte. —El hombre se volvió hacia E.F. Montvelt—. ¿Señor?

—Hay una sala de llegadas en el muelle de desembarco, al final del atracadero —le confirmó éste al mismo tiempo que le indicaba la dirección con un gesto.

—Sois extremadamente amable. Lady Eyl apreciará vuestra comprensión. No sabe lo que dice.

—Sí, es evidente. Le pregunté si sabía dónde se encontraba el capitán, y me dijo directamente que lo había asesinado.

Se echó a reír, pero el hombre no lo hizo.

—¡Eso es porque estoy embrujada! —protestó la viuda.

—El capitán fue a una de las bodegas de popa, la número dieciséis. Le pedí que se ocupara de nuestras pertenencias. Creo que allí lo encontrará.

—Le doy las gracias —le contestó Montvelt.

El individuo se llevó a su hermana y Montvelt subió por la pasarela para entrar en la nave. Activó de nuevo la lista de pasajeros en la placa de datos y buscó en ella. Lady Eyl. Allí estaba. Lady Ulrike Serepa fon Eyl, de San Velabo. Viajaba con su hermano Baltasar Eyl y un grupo de sirvientes.

E.F. Montvelt, que todavía se encontraba algo incómodo por su encuentro con la afectada lady Eyl, descendió hacia las entrañas del viejo transporte. Se preguntó a quién habría perdido aquella mujer. A su esposo, sospechó. Otro hermano, quizá. Qué cosas había dicho. No quiso ni pensar en lo que habría sufrido aquella mente para estar tan desgarrada y desorientada. Los muertos regresaban a Balhaut y llevaban a sus fantasmas con ellos, pero las apariciones verdaderamente terroríficas eran las almas destrozadas por la pérdida.

Las cubiertas inferiores del *Consuelo* estaban en silencio. Los compartimientos a oscuras, los pasillos en penumbra, las corrientes de calor que notaba en la cara procedentes de los conductos impulsores, el mal olor de un aire respirado demasiadas veces, el sonido del casco al crujiir y asentarse a medida que la gravedad orbital común reemplazaba por completo la locura distorsionadora del empíreo.

Las lámparas protegidas por rejillas iluminaban con un brillo suave y amarillento. Sus superficies antaño blancas habían quedado teñidas de marrón por el paso del tiempo. Caían las gotas producidas por la condensación aceitosa de los tubos de los sistemas de aclimatación que corrían a lo largo de todos los pasillos. El *Consuelo* chasqueaba y crujiía mientras relajaba los huesos, como el gran caballero anciano que era. E.F. Montvelt disfrutaba de los olores y los sonidos que emitía un transporte veterano. Él mismo había formado parte de la tripulación de uno en su juventud. El *Ganymede Eleison*. Había servido en él durante tres años como sobrecargo auxiliar antes de que las influencias de su tío le hubieran conseguido un puesto fijo en Estación Alta. El eco hueco de sus pasos sobre los suelos de rejilla, el umbral bajo de las compuertas de los mamparos, el olor a pintura aislante, a grasa y a aire reciclado le recordaron todo aquello.

E.F. Montvelt encontró la bodega de carga en cuestión sin necesidad de comprobar los indicadores que había al lado de cada compuerta, ya que la disposición de los compartimentos del *Consuelo* era idéntica a la de todas las demás naves de su tipo.

El interior estaba lleno de vapor. Las fauces que formaba la rampa de

descarga estaban abiertas de par en par, por lo que la luz del sol iluminaba la bodega y a través del suelo de rejilla de la zona de transporte dejaba a la vista una caída impresionante hasta las hermosas nubes de un color blanco níveo. Avanzó sobre el suelo de rejilla mientras Balhaut giraba bajo sus pies. Llamó a gritos al capitán.

Nadie le contestó.

Los contenedores de transporte estaban asegurados a lo largo del suelo de rejilla, listos para ser descargados por los servidores de manipulación. Todos tenían pegados los certificados adecuados y los sellos estaban intactos. E.F. Montvelt volvió a llamar por su nombre al capitán.

Sacó la vara de escaneo y la pasó por la placa del contenedor más cercano para comprobar que su código de certificación coincidiera con el número del informe.

Así fue, pero notó algo extraño. La vara había captado también una señal de temperatura.

Pegó la mano a un costado del contenedor y la apartó con rapidez.

—¿Ocurre algo? —le preguntó el hombre del abrigo beige.

Atravesó las nubes de vapor y se acercó al supervisor del Muelle 31 caminando por el suelo de rejilla.

—Estos contenedores... no son lo que parecen ser —dijo E.F. Montvelt.

—¿Por qué?

—Por el rastro de calor —le explicó el supervisor—. Ahí dentro hay un mecanismo. No son contenedores. —Le mostró a Baltasar Eyl un dial de la vara—. ¿Lo ve?

—Lo veo.

—Compruébelo usted mismo.

El hombre pegó una de sus manos enguantadas contra el costado del contenedor.

—No, señor, tendría que quitarse el guante para notarlo —le indicó E.F. Montvelt.

Baltasar Eyl se quitó el guante derecho. La mano que quedó al descubierto estaba tan cubierta de cicatrices, y tenía un aspecto tan terrible, que E.F. Montvelt no pudo evitar sobresaltarse y dar un paso atrás. Eyl vio su reacción.

—Las mantengo tapadas la mayor parte del tiempo —le explicó—. Sé el aspecto que ofrecen. Proclaman a los cuatro vientos el pacto que hice con mi amo.

El supervisor lo miró fijamente, con los ojos abiertos de par en par. Eyl sonrió.

—No espero que lo entienda. Vaya, no hay más que oírme. Parloteo como mi hermana. El aislamiento del viaje me ha hecho ser más comunicativo. Estoy revelando secretos.

E.F. Montvelt dio un par de pasos hacia atrás.

—No he visto nada. De verdad, señor, no he oído nada —afirmó.

—¿Por qué me dice eso? —inquirió Eyl.

—Porque temo que, de no ser así, se va a ver obligado a matarme.

—Sí, creo que tendría que hacerlo. No se trata de nada personal, de verdad.

—Por favor, señor —suplicó E.F. Montvelt mientras seguía retrocediendo.

—¡Ha sucedido algo terrible! —gritó lady Eyl mientras corría por el atracadero—. ¡Ha sucedido un accidente horrible! ¡Se cayó! ¡Se cayó! ¡Por favor, vengan! ¡Se ha producido un suceso deplorable!

E.F. Montvelt cayó alejándose de la compuerta de descarga abierta del *Consuelo*. Bajó con los brazos abiertos hacia la atmósfera y las nubes brillantes. Era un recorrido muy largo.

Se encontraba cerca de la velocidad terminal, aunque ya estaba muerto. El rozamiento con la atmósfera empezó a quemarlo hasta que dejó a su paso una estela de fuego, semejante a la de una estrella fugaz a la que se le pide un deseo.

Siguió cayendo hacia el planeta. Tanto su tío muerto como él tenían razón.

Los muertos siempre parecían encontrar la manera de regresar a Balhaut.